



RECUERDOS TOLOSANOS

De los tiempos heroicos del Montañismo Vasco

No hay como el tiempo para asentar los espíritus inquietos y bullangueros y nada mejor que la experiencia y la veteranía — que se considera como un grado en el ejército — para atenuar la vehemencia y fogosidad de los años mozos y refrenar los espíritus juveniles, haciendo encarrilar por cauces pacíficos y normales su corriente desbordadora, que cual lava arrojada por un volcán en plena erupción y lanzada como un torbellino por sus laderas de rápida pendiente, parece vá a arrollar cuanto a su paso encuentra.

El montañismo o afición a recorrer las montañas por puro «sport», debe ser tan antiguo como el hombre, o sea que debió existir desde los tiempos remotos de nuestros primeros padres, pues aunque la historia nada diga de esto, es de presumir que los primeros habitantes del planeta que habitamos, subirían de cuando en cuando a las montañas que tenían próximas, sólo por experimentar el placer de hollar con su planta en sus esbeltas y airosas cumbres y contemplar desde ellas los hermosos panoramas que a sus pies cual dilatado y delicioso vergel se extendían.

Constituida en Elgueta el mes de Mayo de 1924, la Federación Vasca de Alpinismo, los meses que siguieron a su fundación, fueron cual un torrente desvastador, pues por todos los ámbitos del país vasco, surgieron montañeros y grupos de los mismos, con la misma facilidad con que por generación espontánea brotan del suelo en determinadas épocas del año, setas y hongos de diferentes especies.

Fué una verdadera locura o fiebre la que se apoderó en los primeros años de los varios miles que nos afiliamos a la naciente y ya próspera Federación. Las cumbres de nuestras montañas que hasta entonces habían permanecido casi solitarias, comenzaron a recibir visitas y más visitas, y había días festivos que en algunos momentos se encontraba uno con más caras conocidas que en muchas calles de nuestras villas y aldeas. Pero hay que reconocer también, que la mayor parte de aquel aluvión montañero, sacaba poco o ningún fruto con

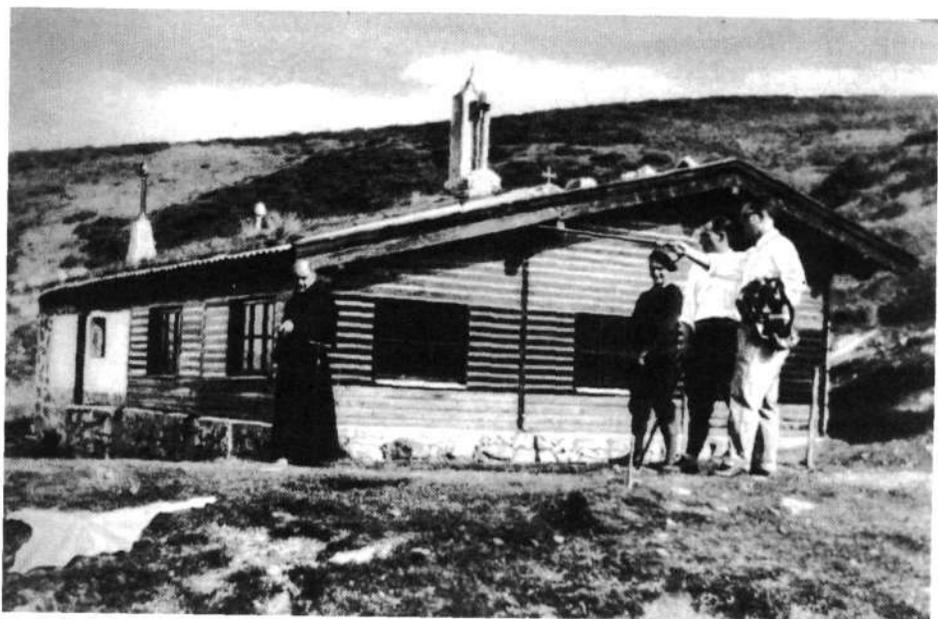
la práctica del montañismo; casi estamos por decir que la mayoría en lugar de beneficios, eran perjuicios los que a sus cuerpos no demasiados fuertes ni entrenados producían aquellas excursiones, verdaderas «marchas forzadas», con el horario demasiado limitado, que ni tiempo les daba para contemplar las bellezas que la pródiga Naturaleza ha derramado sobre este querido rincón, pues se limitaban casi siempre a llegar con toda la celeridad que sus piernas y el «fuelle» les consentía hasta la cumbre y como si se tratara de una apuesta, tocar apenas el buzón o montón de piedras que en la mayor parte de ellas existe y volver a bajar nuevamente, eso sí, más de prisa que a la subida.

En esos primeros años de verdadera locura por parte de muchos nuevos alpinistas se cometieron verdaderas *burradas*, de las que tampoco se encuentra libre de pecado el que emborriona estas cuartillas, pues como la cosa más natural, hubo día que para poder alcanzar la cumbre de una montaña situada a bastante distancia de nuestra residencia habitual, comenzamos por «hacer» en bicicleta 50 kms., subir luego 4 horas de marcha cuesta arriba hasta la cumbre, reposar allí un rato y comer las viandas que llevábamos y bajar en 3 horas al mismo punto, y vuelta luego a desandar en bicicleta los 50 kms. o sea que en las 15/16 horas de luz del día, habíamos recorrido 100 kms. por carretera en bicicleta y de 35 a 40 kms. por monte a pie invirtiendo en ello 12/13 horas de las 15/16 de la jornada. Y esto a veces 2 y 3 veces en un mismo mes.

Pero aún recuerdo otras excursiones, verdaderas «pechadas», cuya sola memoria pone ahora de punta mis no numerosos cabellos. Entre ellas destaca la famosa de las «14 horas», denominada así, porque un buen andarín invirtió ese tiempo en realizar la excursión cuyo detalle damos a continuación: la salida era en Tolosa y tomando el camino de Leaburu, se seguía por Gaztelu a Uli y de aquí por Merku, Gorriti, Aspiroz, Lecumberri e Iribas se llegaba al venerado santuario de San Miguel de Excelsis, situado en plena sierra de Aralar a 1.230 metros de altitud. Esto constituía la 1.ª etapa y después de comer en la hospedería de dicho santuario había que efectuar el regreso por Unako-putsuba, Igaratza, Amézqueta hasta Tolosa.

Eran los primeros tiempos del alpinismo vasco, oficialmente hablando, y no sé quién lanzó en nuestro grupo la idea de realizar esa excursión de las 14 horas, que todos sin excepción la hicimos nuestra y nos preparamos para realizarla en la primera oportunidad.

Y en efecto, el día 27 de Junio de 1925, nos reunimos todos los componentes del grupo más algunos adheridos, en total 14 (el mismo número que el de las horas que teníamos que recorrer, al menos sobre el papel), en la primera misa que se celebra en Tolosa los domingos, que suele ser a las 3 y media de la mañana. Para las cuatro estábamos ya en marcha en dirección a Leaburu. El tiempo era magnífico y la caravana avanzaba sin ningún contratiempo. Un pequeño alto en Gorriti para tomar el desayuno, casi en pie y adelante. Por Lecumberri pasó la pequeña caravana a paso marcial y a un tren magnífico, tomando seguidamente el camino de Iribas en dirección hacia la imponente masa del Aralar. Todo fué bien hasta que faltaba una hora para llegar al santuario de San Miguel, pues debido a la marcha viva que se llevaba, comenzaron a fallar algunos y la pequeña caravana se iba disgregando por momentos y for-



(Fot. Ojanguren)

El refugio de "Igaratza de los Amigos del Aralar" después de las grandes obras de reforma



(Fot. Ojanguren)

Uzturre-Mendi: Tolosa

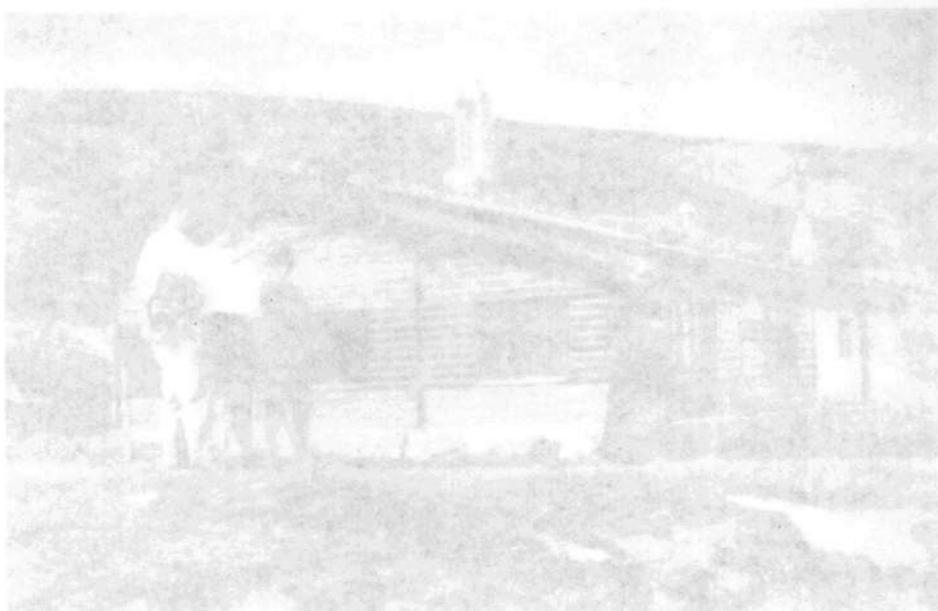


Foto Olafsson

El primer de los loggins de los Amigos del Avance después de las grandes obras de reforma



Foto Olafsson

El primer de los loggins de los Amigos del Avance después de las grandes obras de reforma

mándose pequeños grupos y hasta el tiempo que hasta entonces fué magnífico, cambió en unos instantes, convirtiéndose en pavorosa tormenta y horrible aguacero, que a los que iban en los grupos de vanguardia, sorprendió a la vista del santuario y los que aún conservaban una pequeña dosis de energía en sus piernas, lograron alcanzarlo con una pequeña mojadura. Otros decidieron guarecerse al amparo de algunos árboles o peñas, mientras pasaba la tormenta, pero en vista de que ésta tardaba más de lo conveniente y era ya la hora de la comida, tuvieron que salir de sus escondrijos y llegar al santuario a toda la velocidad que les permitían sus piernas después de 8 horas de marcha, completamente mojados, y finalmente lo hicieron los rezagados que llegaron en un estado que daba lástima y que gracias a la cálida cocina del santuario, lograron entrar en reacción y secar sus cuerpos y ropas completamente mojados.

Después de comer con excelente apetito y descansar un rato, se emprendió el regreso a las 3 y media de la tarde. Ya para entonces había mejorado el tiempo, pero a pesar de eso y de que hasta Amézqueta era todo cuesta abajo, hubo también diferencias apreciables entre los primeros llegados a dicho pueblo y los últimos que lo hicieron a las 9 de la noche. Se cenó y enseguida a hacer la etapa final o sean los 12 kms. de carretera que separan Amézqueta de Tolosa en pintoresco recorrido.

Unos cuantos, bastante extenuados de la marcha, optaron por hacer este último trozo en automóvil y los restantes impertérritos y como si entonces acabaran de principiar la excursión, fueron devorando kilómetro tras kilómetro a buen tren, hasta las proximidades de Tolosa, donde les salieron al encuentro algunos amigos enterados de la marcha que habían emprendido por la mañana, entrando todos juntos a paso marcial por la principal vía de la antigua capital foral de Guipúzcoa a tiempo que los relojes públicos sonaban 11 y media de la noche, o sea que aún les sobraba media hora para terminar el día. Y para evidenciar las excelentes condiciones en que algunos terminaron la excursión, se permitieron el lujo de cerrar el circuito en un magnífico «sprint», mientras que los que habían llegado desde Amézqueta en automóvil contemplaban su hazaña cómodamente sentados en los bancos del paseo de San Francisco. Según cálculo que se hizo, el tiempo justo invertido por los que menos tardaron, fueron 15 horas menos cuarto de marcha viva, de las 19 y media horas transcurridas desde la salida (4 mañana) hasta la llegada (11 y media noche).

Y si la excursión resultó larga y provocó generales comentarios, no lo fué menos la crónica que el suscribiente «aderezó» con todos los pormenores de la misma y que los periódicos donostiarras que la publicaron, tuvieron que hacerlo en tres números, cual si fuera un folletín. ¡Vaya gasto de tinta!

Y si bien fué esa excursión la que más fama alcanzó en aquellos tiempos aún se realizaron mayores «pechadas» (aunque parezca difícil), pues el mismo cronista participó en otra en la que *andando sin cesar desde las primeras horas de la mañana hasta muy entrada la noche, necesitamos ¡17 horas!, con el recorrido Tolosa—Berástegui, Urto—Plazaola—Ameraun—Mandogui—Arano—Hernani*, y para no entrar en demasiados detalles que alargarian excesivamente esta croniqueja, diré, que se principiaba con 25 kms. entre carretera, camino vecinal

y vía de ferrocarril antes de empezar a subir al monte Mandoegui (1.050 metros) que era el principal objetivo de la excursión, terminando la misma con unos 20 kms. de carretera, desde Arano a Hernani; por cierto que cuando aún nos faltaban varios kilómetros para llegar a esta última población, desde la que por ferrocarril regresamos a Tolosa, nos cruzó un automóvil que iba conducido por un amigo nuestro, el cual se apresuró a invitarnos a subir al mismo, pero aunque íbamos ya bastante extenuados y nos hubiera venido de perillas el aceptar aquel ofrecimiento, con gesto olimpico lo rechazamos y sacando fuerzas de flaqueza seguimos, muy dignos, carretera adelante, para que se vea hasta qué extremos llegaba el amor propio de los que en aquellos tiempos practicábamos el montañismo y ...el ¡carreterismo!

Pero aún hubo otros que batieron el "record" en eso de hacer *burradas*, pues hubo un grupo de amigos también de Tolosa, que en un día se fueron hasta Estella, atravesando las sierras de Aralar y Urbasa después de 18 horas de marcha ininterrumpida, regresando al día siguiente con parecido itinerario. Aunque había varios trozos de carretera que pudieron haberlos hecho cómodamente, bien en automóvil, carro o bicicleta (por ejemplo de Tolosa a Amézqueta, 12 kms. y otros), lo hicieron todo a pie, pues en eso estribaba principalmente la esencia de la *burrada*.

Sin género de dudas, el verdadero campeón de la *burrada* a caño libre, al menos en Tolosa y alrededores, fué Sheve Peña, el cual durante meses y años, las realizó tan grandes que dejó achicadas todas las "fazañas" que se han dejado insertas y otras que han permanecido vírgenes, para no cansar demasiado al paciente lector.

Solamente diremos que para el gran Sheve era cosa corriente el "hacer" en un mismo día 2 y 3 montes, aunque para los concursos solamente era válido uno, cuyas bases estaban separadas por muchos kilómetros, que se los tragaba impertérrito en su "becane", como si todo ello fuera cuesta abajo, habiéndose dado el caso de haber ascendido en un mismo día más de 3.000 metros, suma de las altitudes de 3 montañas y recorrido 50 kms. en bicicleta para poder llegar hasta sus bases respectivas. Y cosas por el estilo las hacía cualquier domingo o día festivo.

Los días laborables se conformaba con "hacer" un monte de 500 a 1.000 metros, 20/30 kms. en bicicleta para hacer piernas y a las 8 de la mañana al pie del mostrador, como si acabara de abandonar las sábanas.

Así durante 3 ó 4 años, hasta todavía hace muy poco tiempo, en que ha ido retirándose poco a poco de esa actividad tan intensa, pero sin abandonar el montañismo por completo ni mucho menos, pues el gran Peña es de los montañistas convencidos, esto es, de los de la 2.^a clasificación de los que desgraciadamente hemos quedado tan pocos, que de seguir un poco más la baja, podremos contarnos antes de mucho con los dedos de la mano.

Parecidos a Sheve—pues no hay quien haya podido igualar y cuanto menos superar a Sheve I el domeñador de las cumbres—podríamos citar a más de uno, como el gran andarín José M.^a Lequeñena que ha hecho también verdaderas proezas, pero como esto vá largo dejamos para otra ocasión el relato de ellas, pues con los casos señalados, creemos que son más que suficientes para

que los nuevos elementos que vayan incorporándose al montañismo vasco, conozcan algunos casos acaecidos en los tiempos heroicos del mismo, a raíz de la constitución de la "F. V. de A." que asumió su dirección, y no les dé por reincidir en las barbaridades relatadas que deben pasar a la historia para no volver. Afortunadamente parece que vá imperando la cordura y la sensatez y que cada vez se realizan menos excursiones—por el estilo de las que hemos relatado. Actualmente se practica el montañismo plácida y traquilamente, tal cual siempre ha debido ser, indagando los nombres de los lugares, caserios, riachuelos, etc. que se vayan encontrando en la marcha; contemplando las bellezas y vistas que ante nuestros ojos vayan desfilando; y disfrutando en una palabra en todos los sentidos imaginables que hacen amable y grata una excursión, aunque algunas veces sea penosa y fatigante, lo que indudablemente era y lo es el espíritu que quiso imprimir o inculcar D. Antonio Bandrés al montañismo vasco en los buenos tiempos en que congregados en la Casa Consistorial del pintoresco pueblecito de Elgueta, acordamos fuera un hecho la "Federación Vasca de Alpinismo", obra-cumbre del que por unánime decisión asumió la presidencia que con sentimiento general abandonó el mes de Mayo de 1928.

Y no queremos terminar estas mal hilvanadas cuartillas sin dedicar un recuerdo y expresarle una vez más el más sincero testimonio de amistad y admiración al inmenso Andrés Espinosa, presidente actualmente de la «F. V. de A. (creación vizcaína) por la magnífica proeza que dió fin últimamente con la que tanto el organismo federativo que ahora ha venido a presidir, como cuantos formamos parte del mismo, nos hemos visto honrados y enaltecidos y cuya proeza al igual que las realizadas anteriormente, comparadas con las que hemos relatado, resultan unas vulgares escaramuzas que no merecían la pena de ver la luz en las columnas de «Pyrenáica» y que solamente a la extremada benevolencia del Comité de nuestra revista se debe tamaño honor que el suscribiente agradece muy sinceramente.

ARROSPHE.

Tolosa, 1931.
